

SOBRE LAS VENTAJAS DE LA PACIENCIA ¹

Hace ver cuanto nos importa la virtud de la paciencia que resplandece en Dios, en Jesucristo, en los profetas, mártires, y demás santos: pone de manifiesto el daño que causa la impaciencia, origen de todos los desórdenes y pecados, y clama enardecido contra el ruin vicio de la venganza, la cual sólo se debe dejar a Dios.

Para hablar de paciencia, y ponderar sus utilidades y ventajas, ¿por dónde podrá empezar mejor, carísimos hermanos, que con deciros necesito desde luego vuestra paciencia, si me queréis escuchar, pues sin ella no acertaríais a oír, ni aprender nada de mí? ² Es la razón, porque nunca se aprende bien y provechosamente lo que se oye de mala gana. A la verdad de cuantos medios nos facilita la celestial disciplina para encaminar nuestra fe, y nuestras esperanzas, y para conseguir de Dios el premio que nos tiene prometido, ninguno más útil, saludable y glorioso a los que tememos y obedecemos al Señor, y cumplimos sus mandamientos, que el ejercicio de la paciencia.

También los filósofos hacen profesión de esta virtud; pero entre ellos tan falsa es la paciencia, como es falsa su pretendida sabiduría ³. Pues ¿por dónde podrá ser sabio, o paciente aquel que no conoce ni la sabiduría, ni la paciencia de Dios? ¿No dice él mismo de los que se figuran sabios en el mundo: *Echaré a perder la sabiduría de los sabios, y reprobaré la prudencia de los prudentes* (Is. 29). Asimismo el bienaventurado apóstol San Pablo lleno del Espíritu Santo, y enviado a llamar y convertir a las naciones, nos advierte: *Mirad no os engañe alguno por la filosofía, y vanas sofisterías según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Jesucris-*

to, porque en él habita la plenitud de la Divinidad toda (Col. 2); y en otro lugar: *Nadie se engañe a sí mismo. Si alguno de entre vosotros piensa ser sabio, hágase necio según el mundo, para que se haga sabio. La sabiduría de este mundo para Dios es necedad* (1 Cor. 3), *porque escrito está: Cogeré a los sabios en sus ardidés* (Job. 5); y en otra parte: *El Señor conoce que los pensamientos de los sabios son locuras* (Sal. 93). Pues que no tienen sabiduría verdadera, tampoco tendrán paciencia verdadera.

Cierto, si para ser sufrido es preciso también ser humilde y manso, y no lo son los filósofos, según por experiencia lo estamos viendo; antes bien se agrandan sobremanera a sí mismos, y por lo tanto desagradan a Dios, claro está que donde hay una insolente y desenfrenada libertad, y una vanagloria descarada, sin reserva, ni empacho, toda paciencia es quimera. Más nosotros, carísimos hermanos, que somos filósofos, no de cháchara, sino por los hechos; que hacemos profesión de la sabiduría, no con vestirnos de una capa, sino con seguir la realidad de las mismas cosas; que mas apreciamos ser, que parecer virtuosos; que no proferimos grandezas, sino que las ponemos en ejecución ⁴; como siervos y obsequiadores que somos de Dios, practiquemos la paciencia que nos enseñó con su ejemplo.

Esta virtud nos es común con él mismo ⁵. De él tuvo principio, de él viene su dignidad y esclarecimiento. Una cosa tan amada de Dios, ¿qué ha de hacer el hombre sino amarla, pues con haberla él amado tanto, sobrado la recomienda? Si Dios es nuestro Señor, y nuestro Padre, imitemos su paciencia, porque los siervos deben ser obedientes a su Señor, y no degenerar los hijos de la buena raza de su padre. ¿Y qué mayor prueba de su paciencia que lo que estamos viendo, pues sin embargo, de que los hombres, por hacer afrenta a su Divina Majestad, han levantado templos, fabricado estatuas, y establecido abominables sacrificios, los sufre, con mansedumbre, hace salir el sol sobre buenos y malos, llueve indiferentemente en beneficio de justos e injustos? Vemos por un efecto singular de esa misma paciencia, que así a los malvados, como a los inocentes, igualmente a los impíos que a los piadosos, lo mismo a los ingratos que a los agradecidos sirven las estaciones del año, favorecen los elementos, soplan los vientos, manan las fuentes; que tanto para los unos, como para los otros crecen las mieses, maduran las viñas, se cargan de frutas los árboles reverdecen los bosques, florecen los campos. Con estar el Señor irritado todos los días por repetidas ofensas que, se le hacen, sin embargo

detiene su cólera, y aguarda con paciencia al tiempo que tiene señalado para sus venganzas ⁶. En su mano estaba fulminarlas desde luego, pero más quiere dar treguas, por ver si alguna vez cede la malicia de los mortales, y si el hombre encenagado en vicios y errores se convierte a él, aunque sea tarde, advirtiéndolo, y diciendo él mismo: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 18), y clamando por boca de otro profeta: *Volveos al Señor vuestro Dios, porque es misericordioso y piadoso y benigno, y muy compasivo, y que suspende la sentencia dada, contra las maldades* (Joel. 2).

Lo propio amonesta el bienaventurado apóstol San Pablo, cuando por traer a penitencia al pecador: *¿Acaso, le dice, desprecias las riquezas de su bondad, sufrimiento y longanimidad, ignorando que la paciencia y benignidad de Dios te convida a hacer penitencia? Más tú endurecido, e impenitente atesoras la ira para el día de las venganzas, y del justo juicio de Dios, el cual dará a cada uno según sus obras* (Rom. 2, 4-6). Justo llama al juicio de Dios, porque viene tarde; porque se difiere por mucho tiempo; porque la paciencia de Dios da lugar al hombre de entrar en la carrera de su salvación.

Nunca llega el señor a castigar al pecador, hasta que la penitencia ya no pueda serle de provecho.

Y para acabar de comprender, carísimos hermanos, que la paciencia es cosa de Dios, y que cualquiera que es manso, sufrido y benigno, imita al mismo, entre otras saludables máximas, que daba el Señor a sus discípulos cuando les enseñaba como llegarían a ser perfectos, les dijo así: *Bien sabéis se halla escrito: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos. Pues si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa podréis merecer? ¿Acaso no hacen otro tanto los publicanos? Y si no saludáis sino a vuestros hermanos, ¿qué más hacéis de lo que otros hacen? ¿Por ventura no ejecutan eso mismo los paganos? Sed pues perfectos, como lo es vuestro Padre celestial* (Mt. 5).

Entonces, asegura, seremos perfectos hijos de Dios; entonces, dice, daremos colmo a la regeneración, con que otra vez hemos vuelto a nacer, cuando la paciencia de Dios Padre hiciese asiento en nosotros; cuando aquella divina semejanza que había perdido Adán por el pecado, resplandeciera de nuevo, y sobresalga en nuestras operaciones.

¡Qué gloria el hacernos semejantes a Dios! ¡Cuánta felicidad poseer unas virtudes que semejan las que posee él mismo! Ni nuestro Señor Jesucristo nos enseñó la necesidad de la paciencia, carísimos hermanos, solo con palabras; antes bien acreditóla con los hechos. Y como él mismo dijo había bajado del cielo para hacer la voluntad de su Padre, entre otras prodigiosas virtudes con que dio señales nada equívocas de la Divinidad que en él se encerraba, también imitó al Padre en la paciencia. En fin, no hay ningún acontecimiento de su vida, empezando desde su nacimiento, el cual no vaya acompañado y señalado de la paciencia. ¿No fue así cuando al bajar del cielo a la tierra, con ser Hijo de Dios, no se desdenó de vestirse con carne del hombre ⁷? ¿No fue así cuando sin ser pecador quiso cargarse con los pecados ajenos? Despojado entre tanto de la inmortalidad, consiente en ser también mortal, y morir inocente por los culpados. El que es Señor se deja bautizar por un siervo suyo, y aquel mismo que viene a lavar los pecados no tiene a menos lavar su cuerpo con las aguas del reengendramiento ⁸. El que a otros harta, se sujeta al ayuno de cuarenta días; padece hambre, para que los que estaban hambrientos de la palabra y gracia de Dios, se satisfagan con este celestial alimento. Entra a lidiar con el demonio, que le provoca; contento con haber vencido al enemigo, no pasa a hacerle otro mal ⁹.

No manda a los discípulos con aquel imperio que acostumbran los señores a sus esclavos; antes bien los trata con el cariño y amor de hermanos. Se abate hasta lavar los pies a los apóstoles, a fin de enseñarnos con su ejemplo, que cuando él mismo es tal con sus inferiores, cuales deberemos ser nosotros con nuestros iguales.

Ni hay que maravillarnos se hubiese portado así con los discípulos que le obedecían; cuando al mismo Judas sufrió y aguantó hasta más no poder; partió el bocado con sus enemigos; no le descubrió por tal; reservó para sí lo que sabía en secreto, ni rehusó el ósculo que le ofrecía un traidor.

Pues para sufrir a los judíos, ¿qué igualdad de ánimo, cuánta paciencia no hubo menester? Tenía que haberlas con unos incrédulos por ablandar su terquedad, y reducirlos a abrazar la fe: tenía que obligar a unos ingratos a puro, hacerles bien; responder con mansedumbre a los que le contradecían; sobrellevar con amor a los soberbios; ceder con humildad a los que le perseguían; traer a buen partido a los matadores de los profetas, a los siempre rebeldes contra Dios; lo que procuró hasta los últimos momentos de su vida.

Al tiempo de su pasión, y antes que derramase su sangre, y muriese con una muerte tan atroz, ¿qué contumelias no oyó? ¿qué afrentas no toleró, hasta recibir en su rostro las salivas de los que le insultaban aquel que poco antes había dado la vista a un ciego mojándole los ojos con la suya? Este mismo, en cuyo nombre ahora es azotado el demonio con todos los ángeles de su valía por los siervos del Señor, sufrió que él mismo fuese azotado. Fue coronado con espinas el que a los mártires corona con rosas, que nunca se marchitan. Fue abofeteado con palmadas el que a los vencedores da palmas verdaderas. Fue desnudado de sus vestiduras el que a los demás viste con librea de la inmortalidad. Fue obligado a gustar la hiel el que nos dio para gustar un celestial manjar, a beber vinagre él que nos brindó con el cáliz de salud. Aquel varón inocente y justo, o por mejor decir, la inocencia, y justicia misma, es contado entre los facinerosos. La verdad es oprimida por testimonios falsos; se le juzga al mismo que ha de juzgar al mundo, y la Palabra de Dios es llevada a ser víctima sin decir palabra.

A su muerte se eclipsan los astros; los elementos se trastornan, la tierra se estremece, la noche oscurece al día, el sol oculta sus rayos por no ver el bárbaro atentado de los judíos, y aún así él no habla, no se mueve, no hace ostentación de su majestad siquiera al momento crítico de su pasión: todo lo sufre con perseverancia hasta los últimos instantes, para que su paciencia sea entera, perfecta y consumada.

Tras de todo esto recibe a sus mismos matadores, si compungidos volvieren a él mismo; y a nadie cierra la entrada en su iglesia. No sólo perdona a sus adversarios; a los que blasfeman contra él, a los que siempre habían sido enemigos de su nombre, cuando quiera que se arrepientan y confiesen el crimen que han cometido, sino que también los remunera con el reino de los cielos. ¿Qué mayor paciencia? ¿Qué mayor benignidad? La sangre de Jesucristo da la vida al mismo que ha derramado esta sangre. Tal, y tal es la paciencia de Jesucristo, que si no fuese por ella, ni aún a Pablo tendría por apóstol la Iglesia.

Pues si nosotros estamos en Jesucristo, carísimos hermanos, si nos hemos revestido del mismo, si él es el camino de nuestra salvación; ahora que seguimos sus pasos, sigamos también su ejemplo conforme a lo que nos amonesta San Juan apóstol cuando asiente: *El que dice estar en Jesucristo, debe andar a la manera que él mismo anduvo* (Jn. 2).

Pedro, sobre quien se dignó fundar la iglesia el Señor, nos dice igualmente en una de sus cartas: *Cristo padeció por nosotros deján-*

doos ejemplo, para que sigáis sus pasos, el cual no cometió pecado, ni salió mentira de su boca, y cuando era maldecido, no maldecía, ni amenazaba cuando padecía. El mismo se entregaba en manos de quien injustamente le condenada (1 Ped. 2).

Por último, hallaremos que los patriarcas, los profetas, y todos los justos en general, que precedieron a Jesucristo en figura, ninguna otra cosa tuvieron más recomendable en sus virtudes que haber conservado una paciencia a toda prueba. Así es que Abel, este verdadero protomártir, entre todos los mártires, no resiste a la alevosía de un hermano fratricida, y se deja matar por él con la mansedumbre de un cordero. Así es que Abraham, este hombre fiel a Dios, y primer padre de los creyentes, siendo tentado de sacrificar a su propio hijo, no duda, ni se pone a deliberar; antes bien obedece con entera resignación al, mandamiento que le íntima el Señor.

El mismo Isaac, que figuraba a Jesucristo, en cuanto había de ser ofrecido como víctima a su eterno Padre, lleva con paciencia que el suyo le prepare para degollarle. Jacob fugitivo de su hermano se conforma en abandonar la patria, y con mayor conformidad viene después a humillarse delante del mismo hermano más sañudo y fiero que nunca, y le apacigua con los dones que le presenta. Pues José vendido también y desterrado por sus propios hermanos, no sólo les perdona con dulzura esta afrenta, sino que humano y bizarro les reparte graciosamente el trigo que venían a comprar. Moisés a cada paso es despreciado, y por poco no apedreado de un pueblo desagradecido, e infiel; con todo, como es tan blando y sufrido, por ellos ruega al Señor.

Y ¿qué podrá decir de un David, de cuya rodilla nació en cuanto hombre Jesucristo? ¿Por dicha pudo haber una paciencia más heroica, más maravillosa, ni más digna de un ilustre ascendiente de Jesucristo, que haber estado muchas veces en su mano quitar la vida a Saul, que le perseguía, y andaba buscando por donde acabaría con la suya; y sin embargo en lugar de volver mal por mal a su enemigo, haber querido más salvársela, vengándole además, después que había sido muerto por otro?

En conclusión, tantos profetas que derramaron su sangre, tantos mártires que con una gloriosa muerte pusieron fin a su carrera, ¿por qué otro medio que el de la paciencia pudieron llegar a recibir la inmortal corona? Jamás, son coronados los dolores y tormentos, mientras la paciencia no los acompañe. Mas para conocer mejor, carísimos

hermanos, cuán útil y necesaria nos es la virtud de la paciencia y fijemos la consideración en aquella sentencia que poco después de la creación del mundo, y del linaje humano fulminó Dios contra Adán por haber desobedecido a su mandamiento y echado a rodar la ley que le había impuesto, y con eso acabaremos de entender como debemos ser sufridos en esta vida los que hemos venido a ella condenados a mil aflicciones y congojas ¹⁰. *Porque oíste, le dice, la voz de tu mujer, y has comido de aquel árbol, del cual te había mandado que no gustases, maldita será la tierra en todo lo que te afanases. Con tristeza y gemidos comerás de lo que te diese ella, todos los días de tu vida. Te brotará espinas y abrojos, y tu alimento serán las yerbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual has sido formado; pues tierras eres, y en tierras te has de convertir* (Gen. 3).

A todos nos comprende el rigor de esta sentencia; hasta que nos despojemos de la mortalidad, y marchemos de este siglo. Es forzoso que en tanto que duren nuestros días, vivamos entre amarguras y sollozos. Es forzoso que comamos el pan con trabajo y fatiga. ¿De dónde viene que apenas nace cada uno de nosotros, y entra en este mundo, cuando al instante empezamos a derramar lágrimas, y que sin saber otra cosa en aquella primera edad, sólo sabemos llorar? Por cierto, instinto natural nos lamentamos de las miserias de esta vida, y nuestra alma, bisoña todavía, comienza a explicar con llantos y suspiros las calamidades y borrascas del mundo, que va a experimentar.

Nuestra vida es un dudar y remar continuo, y para los que tanto reman y sudan, no hay mejor alivio que la paciencia. Y si todos necesitan de ella en la tierra; mucho más nosotros que cual ninguno estamos expuestos a las embestidas del demonio, que puestos en el campo de batalla tenemos que pelear cada día contra las arremetidas de un enemigo experimentado y aguerrido; que además de otras muchas y porfiadas tentaciones con que nos acomete, hemos de estar prontos cuando nos combate con las persecuciones, a abandonar todos nuestros bienes, a sufrir cárceles, arrastrar cadenas, hacer rostro a las espadas, a las fieras, al fuego, a las cruces, y a todo linaje de suplicios y tormentos.

El mismo señor, es quien nos advierte: *Todo esto os lo he dicho para que halléis vuestra paz en mí. Lo que es en el mundo, tendréis trabajos, pero confiad que también yo he vencido al mundo* (Jn. 16). Siendo, pues cierto que los que habemos renunciado al demonio y al

mundo, somos más deshecha y obstinadamente trabajados por éste, y perseguidos por aquel, ¡cuánto más deberemos revestirnos de la paciencia, la cual nos ayudará a la tolerancia de cualesquiera males que nos sobrevengan !

Es saludable aviso de nuestro Divino maestro, y señor: *El que perseverare hasta el fin, este será salvo;* (Mt. 10) y lo que dice en otra parte: *Si guardaréis mis palabras, seréis mis verdaderos discípulos; conoceréis la verdad, y esta verdad os libertará* (Jn. 8). Tolerancia y perseverancia son menester, carísimos hermanos, para llegar a conseguir la verdad y la libertad a que se nos ha concedido aspirar.

Si somos cristianos, es por la fe y esperanza que tenemos: pero para sacar fruto de ellas, es indispensable, la paciencia; pues no buscamos la presente gloria, sino la venidera, conforme a lo que nos advierte el apóstol San Pablo, cuando dice: *La esperanza es la que nos ha salvado; mas si se ve lo que se espera, ya no es esperanza; pues ¿quién hay que espere lo mismo que está viendo? Y si solo esperamos lo que no vemos, con la paciencia lo esperamos.* Así es preciso tener paciencia y espera, si queremos se perfeccione en nosotros lo que ya hemos empezado a ser, si queremos conseguir, Dios mediante, lo que creemos y esperamos.

A mayor abundamiento el mismo apóstol encarga en otra parte a los varones justos y dadivosos, que con sus buenas obras adquieran ciento por uno en el reino de los cielos, y aguarden con paciencia, y les dice: *Pues que tenemos, tiempo, hagamos bien a todos, y mas a los domésticos de la fe. No desfallezamos en hacer bien, pues a su tiempo cogeremos la cosecha* (Ga. 6). Advierte que nadie por impaciencia cese de hacer bien, ni se detenga en medio de su gloriosa carrera obligado, o vendido de la tentación para que por no haber acabado la jornada que había emprendido, no eche a perder todo el fruto de lo andado; porque escrito está: *La justicia del justo no le salvará en cualquiera día que se descarríe* (Ez. 33). Y en otro lugar: *guarda lo que tienes, no sea que otro coja tu corona* (Ap. 3).

Aquí se nos exhorta a perseverar con paciencia y fortaleza, para que no se nos escape una corona que casi ya tocábamos con las manos. Y reflexionad, carísimos hermanos, que la paciencia no, solo es conservadora del bien, sino que su eficacia se extiende a alejar todo mal. El que se hace dócil a los impulsos del Espíritu Santo, y solo

tiene puestas sus miras en lo celestial y divino, resiste con la valentía de sus virtudes a todas las pasiones, e ímpetus de la carne que combaten al alma, y a veces le rinden.

Vaya, por muestra, de algunos vicios capitales, que con pocos que contemos, entenderemos los demás. El adulterio, el fraude, y el homicidio son unos crímenes mortales. Eche la paciencia hondas raíces en nuestro corazón, y jamás se manchará con el adulterio un cuerpo santificado, que se ha hecho Templo de Dios; jamás una alma inocente consagrada a la justicia se dejará corromper del espíritu fraudulento; jamás unas manos que han tratado la Eucaristía, se teñirán de la sangre del prójimo.

La caridad es el vínculo que estrechamente une a los hermanos; el fundamento de la paz; sostén y apoyo de la unidad, superior a la esperanza; y a la fe, la que sobrepuja a las demás obras buenas, y al mismo martirio; la que para siempre quedará con nosotros delante de Dios en el reino de los cielos. Pues quítale la paciencia; acabóse, y dio en tierra la caridad. Quítale este yugo con que ella se alimenta, desarraigóse, y perdió todo su vigor.

El mismo apóstol, hablando de la caridad, con ella junta la paciencia, y el sufrimiento. *La caridad, dice, es paciente y benigna; la caridad no es envidiosa, no es vanagloriosa, ni soberbia, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sostiene.* Es decir, que si la caridad persevera firme, no es por otra razón, sino porque todo lo aguarda y sufre. Y lo que añadió en otra parte: *Sopor-taos con amor los unos a los otros, haciendo todo lo posible por conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz.* (Ef. 4).

Fue lo mismo que dar a entender que ni la unidad, ni la paz se pueden conservar bien, mientras los que somos hermanos no nos sobrelevemos los unos a los otros, ni vivamos de concierto y unidos por el nudo de la paciencia.

Pues ¿qué de lo que te se está mandado sobre que no jures, no maldigas, no vuelvas a sacar por fuerza lo que otro te hubiere quitado; que a quién te haya dado de bofetadas en una mejilla, le presentes la otra (Mt. 5); que a tu hermano, que te hubiese ofendido, le perdones, no digo setenta y siete veces, sino cuantas te hubiese repetido la ofensa; que ames a tus enemigos; que ruegues por tus contrarios y perseguidores? (Mt. 5). ¿Podrás acaso cumplir con todos estos preceptos, si no es a pura paciencia y sufrimiento?

Así lo vemos practicado por un San Esteban, el cual cuando le

mataban los judíos a pedradas lejos de pedir venganza a Dios contra ellos, antes bien imploraba el perdón a su favor. *Señor, exclama, no le tengáis esto a pecado* (Hech. 7). Tal convenía que fuese el protomártir de Jesucristo, quien como precursor que llegara a ser por una gloriosa muerte de los demás mártires que le habían de seguir después, no solo fue pregonero de su pasión, sino también imitador de su paciencia y de su mansedumbre.

Y ¿qué diremos de la ira, de la discordia, de las enemistades que no deben tener cabida en el corazón de ningún cristiano? Haya paciencia, y no habrá lugar a ellas; o si pretendieren lograr entrada, presto se les echará afuera, no pudiendo hacer asiento donde el Dios de la paz con gusto habita.

A lo mismo alude el apóstol cuando nos amonesta: *No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios con cuya señal habéis sido marcados para el día de la redención. Lejos de vosotros toda amargura, ira, enojo, vocería y maldición* (Ef. 4). En verdad, después de haber un cristiano empezado a escapar de esta turbulenta furia de las pasiones como de un borrascoso mar, y entrado en el puerto seguro de Jesucristo, donde se halla tranquilo y sosegado, ya no debe dejar a la ira y discordia apoderarse de su corazón, pues que tampoco le es permitido volver mal por mal, ni aborrecer a ninguno.

No es menos necesaria la virtud de la paciencia para tolerar las repetidas molestias, y penosas enfermedades que cada día afligen y atormentan al género humano. Como en aquella primera prevaricación del hombre perdimos la robustez del cuerpo junto con la inmortalidad, y tras la muerte que nos acometió, se debilitó la vigorosa constitución de nuestra naturaleza, ahora que no podemos recobrar las fuerzas hasta recobrar primero la inmortalidad, es preciso que entre tanto estemos luchando y porfiando día y noche contra la misma debilidad y flaqueza de nuestra carne, la cual pelea es imposible mantenerla sin el socorro de la paciencia. Y para tentar y probar nuestra resignación, descargan sobre nosotros tantas enfermedades y contratiempos; los ardores de la calentura, el dolor vehemente de las llagas, la pérdida de nuestros bienes; la muerte de nuestros amigos.

Ninguna otra cosa distingue mejor a los buenos, y a los malos, que la impaciencia y rebeldía de éstos; la paciencia y conformidad de los primeros en sufrir los trabajos, porque escrito está: *En el dolor mantente tieso, y ten paciencia en tu humillación, pues el oro y la plata se prueban en el fuego* (Ecli. 2). Así fue probado y apurado Job,

levantándole la paciencia a la mas alta cumbre de alabanza y nombradía. Contra él, ¿qué tiros no asestó el demonio? ¿qué máquinas no jugó por derribarle. Das al través con todos sus bienes, le priva de su numerosa familia. El que por ser rico hombre era señor de mucha hacienda, y padre de tantos hijos, en un instante quedó sin hijos y sin hacienda. Se ve ulcerado de podre y llagas, y en los miembros que se le deshacen, y caen a pedazos, se ceban enjambres de asquerosos gusanos. Y para que nada falte, por hacer la última prueba de su resignación, contra él arma el demonio a su propia mujer, echando mano de aquella su antigua y maligna astucia de que se había valido al principio del mundo, como si lo que logró entonces engañando al hombre por sugerencias de la mujer, pudiera lograr siempre en fuerza de igual ardid. A pesar de tan terribles golpes y miserias que llovían sobre Job, ninguna mella hicieron en su pecho, ni fueron bastantes para que entre tanto dolor y amargura cesase de alabar con una paciencia triunfadora la mano benéfica de Dios.

Pues Tobías tras de haber ejecutado obras heroicas de misericordia y caridad, ¿no fue tentado con la privación de su vista? Sin embargo, a medida de la conformidad con que sobrellevó este trabajo, mereció mas distinguidos favores del Señor.

Mas para conocer mejor, carísimos hermanos, las ventajas de la paciencia, consideramos cuantos males acarrea por el contrario la impaciencia; porque, así como la paciencia es un don de Jesucristo, al revés la impaciencia es una peste del demonio; y a la manera que en quien mora y habita Jesucristo, es un hombre paciente, asimismo quien se halla poseído en su corazón de la malicia del demonio, siempre será un impaciente.

Tomemos las cosas desde sus principios. El demonio no pudo sufrir que el hombre hubiese sido criado a imagen y semejanza de Dios; por eso se perdió primero a sí mismo, y en seguida echó a perder a los demás. Impaciente Adán por gustar el fatal bocado que le prohibió el Señor, se precipitó en la muerte, y por no guardar la paciencia, fue privado de la gracia que había recibido.

Si Caín quitó la vida a su hermano, ¿por qué otro motivo, sino por no poder digerir la aceptación que sus sacrificios y ofrendas habían merecido? Si Esaú perdió su mayorazgo, ¿por qué razón, sino por la impaciencia de comer un plato de lentejas? ¿Qué hizo apartarse de Dios al pueblo hebreo, siempre desleal e ingrato a sus beneficios, sino la misma impaciencia, cuando cansado de la tardanza de Moisés, que

estaba hablando con el Señor, se atrevió a pedir dioses profanos, y llamar a la cabeza de un becerro y a un vano simulacro la guía y el conductor de su peregrinación? Esto mismo fue la causa de que aquella nación rebelde a las amonestaciones de su Dios, diese muerte a los profetas, y cometiese el atentado de crucificar a su Señor, y derramar su sangre.

La impaciencia es también la que levanta a los herejes contra la Iglesia; la que lo mismo que a los judíos, los incita a romper la paz y la caridad de Jesucristo, y a rabiosas y fieras hostilidades. Y por no ser prolijos, digamos de una vez que cuanto la paciencia edifica, la impaciencia todo lo arruina y desbarata.

Así, amantísimos hermanos, pues que ya hemos visto las ventajas de la paciencia, y los inconvenientes de la impaciencia, guardemos con cuidado aquella, la cual nos hace perseverar en Jesucristo, a fin de que podamos ir con el mismo a la presencia de Dios.

La paciencia, como tan dilatada y capacísima, no se ciñe a cortos límites, ni se encierra dentro de breves términos. Esta soberana virtud se difunde por todas partes a manera de una fuente, cuyos copiosos caudales, aunque nazcan de un solo manantial, pero con la abundancia de las venas que viciosamente rebosan, corren acá y allá por muchos canales.

Si la paciencia no da cima y remate a todas nuestras obras, nada podrán medrar para el colmo de la alabanza. La paciencia es la que nos recomienda y guarda para Dios. Ella es la que mitiga la ira, refrena la lengua, gobierna al alma, conserva la paz, endereza las costumbres, sujeta la rebeldía de la carne, reprime el entorno de la soberbia, apaga el fuego de la discordia, contiene el poder desmesurado de los ricos, alivia la necesidad de los pobres. Ella es la que defiende, en las doncellas la bienaventurada virginidad; en los viudos la trabajosa castidad; en los casados la unión de por vida y marital. La paciencia nos hace, en la prosperidad humildes, en la adversidad constantes, en las afrentas y vituperios poco sensibles. La paciencia nos enseña a perdonar luego a los que nos ofenden; a rogar de veras y con ahínco que a nosotros mismos se nos perdone, cuando hemos sido los ofensores. La paciencia vence las tentaciones; tolera las persecuciones; consuma los martirios. La misma es la que asiente sólidamente los fundamentos de nuestra fe, la que levanta en alto nuestras esperanzas; la que encamina nuestros pasos, para no apartarnos de la senda derecha de Jesucristo, y para seguir las huellas de sus sufrimientos; la

que con imitar la paciencia de su Padre, nos conserva el título de verdadero hijos de Dios.

Empero, carísimos hermanos, como veo a muchísimos que resentidos y picados de la gravedad de los denuestos que se les han hecho, quisieran ser vengados desde luego contra los que los acometen y fieros les persiguen; sin aguardar a aquel día del final juicio, les exhortó a que abracen conmigo el partido de la paciencia, y que mientras andamos fluctuando en medio de las tempestades y vaivenes de este mundo, expuestos a la saña de los judíos, herejes y paganos, esperan con sosiego a que llegue el día de las venganzas, ni se atropellen a tomarla por sus manos; pues escrito está: *Aguárdame, dice el Señor, hasta el día de mi resurrección que será testigo; porque mi juicio ha de ser para congregar las gentes y juntar a los reyes, y derramar sobre ellos mi indignación* (Sof. 3).

Esto mismo nos encarga el Señor, añadiendo en el Apocalipsis: *No eches el sello a las palabras de la profecía que contiene este libro, porque ya el tiempo es cercano, y deja que los que hacen mal, le hagan más todavía, y los que están sucios, aún se ensucien más; que el justo se haga más justo, así como más santo el que fuere santo. luego vengo, y conmigo traigo mi recompensa, para dar a cada uno según fueren sus obras* (Ap. 21).

De ahí es también que a los mártires que claman y piden pronta venganza en desahogo de su dolor, se les manda que aguarden y tengan paciencia, hasta que se cumpla el tiempo, y se llene el número de los demás mártires. *Luego que el cordero abrió el quinto sello, dice San Juan, vi bajo la ara de Dios las almas de los que habían sido muertos por su palabra, y por la confesión de su nombre, y clamaron en alta voz, diciendo: Señor santo y verdadero, ¿hasta cuándo dejarás de hacer justicia, y vengar nuestra sangre contra los que habitan sobre la tierra? Entonces se dieron a cada uno sendas vestiduras blancas y se les dijo, que aún estuviesen con sosiego un poco de tiempo, hasta que se cumpliese el número de sus consiervos, y hermanos que a su ejemplo habían de ser muertos después* (Ap. 6). Mas cuando haya de llegar el tiempo, en que vengará Dios la sangre de los justos, el Espíritu Santo lo declara por el profeta Malachías, diciendo: *Ya viene el día del Señor ardiendo como un horno, y todos los extraños y malvados serán la paja que encenderá la llegada de aquel día, dice el Señor* (Mal. 4).

Esto mismo leemos en los salmos, donde se nos representa a Dios

viniendo a juzgar con aparato de gloria y majestad. *Visiblemente, dice el rey profeta, vendrá Dios, este nuestro Dios, y no callará. Arderá el fuego delante de él, ya su rededor se levantará una deshecha tempestad. Llamará a su presencia los cielos y la tierra para hacer la separación de su pueblo. Congregadle sus santos, los que guardan su alianza en los sacrificios. Los cielos publicarán su justicia, porque Dios es nuestro juez* (Sal., 49).

Lo propio vaticina Isaías, diciendo: *Veréis como viene el Señor, cual si fuese fuego, y su carroza como un viento desahogado, para ejecutar sus venganzas; pues ellos serán juzgados por el fuego del Señor, y heridos con su espada* (Js. 66), y en otra parte: *El Señor y Dios de los ejércitos saldrá delante y hará pedazos el cuerpo de batalla: empezará el combate, y gritará recio a sus enemigos: Callé hasta aquí, ¿por ventura callaré para siempre? Y ¿quién es este que dice haber callado hasta entonces; pero que no callará en adelante? ¿Quién ha de ser, sino aquel que como oveja fue llevado al matadero, y no abrió su boca más que un cordero delante del que le trasquila? ¿Quién, sino aquel que no alzó el grito, y cuya voz no se oyó en las plazas? (Js. 42) ¿Quién, sino el que no resistió a los azotes y bofetadas que descargaron sobre sus espaldas y mejillas; ni apartó su rostro de los que le tiraban salivas? (Js. 50). ¿Quién, sino el que cuando era acusado por los sacerdotes y ancianos, no respondió palabra, y con admiración de Pilatos guardó un profundísimo silencio? Este es el que si calló al tiempo de su pasión, mas no callará en el de las venganzas. Este es nuestro Dios, es decir, no Dios de todos; sino Dios, de los fieles y creyentes; el cual cuando viniere otra vez en público, no estará taciturno; porque cuanto más humilde y desconocida fue su primera venida, tanto más conocida y resplandeciente por su poder será la segunda.*

Aguardemos pues, carísimos hermanos, a este juez nuestro que ha de tomar de su cuenta el vengar a su pueblo, y a todos los justos que hubo desde el principio del mundo, al tiempo que se vengare a sí mismo. Cualquiera que se apresura precipitadamente a desfogar su venganza, considere que quien ha de vengar a los demás, aún está por vengarse a sí propio. Dios Padre mandó que su Hijo fuese adorado, y el apóstol San Pablo teniendo presente este mandato, asiente y dice: *Ensalzóle Dios, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, a fin de que en el nombre de Jesús todos doblen la rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos* (Fil. 2); y en el Apocalipsis se opone el ángel

a San Juan que quiere adorarle; y le advierte: *Guárdate de hacerlo, porque soy consiervo tuyo y de tus hermanos. Solo adora al Señor Jesús* (Ap. 22). Pues ¡qué bondad la de este Señor Jesús! ¡Cuánta su paciencia en no haberse vengado todavía sobre la tierra el que es adorado en los cielos!

Acordémonos, carísimos hermanos, de su paciencia en nuestras persecuciones y trabajos. Esperemos humildes su venida. No seamos temerarios y arrebatados en pretender que el Señor antes haya de fulminar sus venganzas en desagravio nuestro, no siendo más que unos esclavos suyos, que de sí mismo. Lejos de eso perseveremos, trabajemos y velemos con una paciencia a todo lance: guardemos sus mandamientos, para que cuando llegase aquel día de ira y de venganza, no seamos castigados en compañía de los pecadores malvados, sino glorificados en la de los justos y temerosos de Dios.

EXHORTACION AL MARTIRIO

PROLOGO

Deseabas, carísimo Fortunato, que como nos amenaza el nublado de la persecución que sobre nosotros va a descargar, y en estos últimos tiempos se acerca ya la venida del antecristo, entresacase de la Sagrada Escritura algunos avisos para disponer y fortalecer a nuestros hermanos, y animar a los soldados de Jesucristo al espiritual combate que les aguarda. Obedezco a tan justo deseo; y en cuanto ha podido mi cortedad ayudada de la divina asistencia, he ido escogiendo de los libros santos esas máximas que servirán de armas y de resguardo a los que van a entrar en la pelea.

En verdad que poco importaría haber excitado al pueblo de Dios por nuestros razonamientos, cual si fuese con una marcial trompeta, si al mismo tiempo no encendiésemos su fe y su coraje con palabras de la Escritura. ¿Qué cosa más propia de nuestra vigilancia, y solicitud que preparar por medio de continuos exhortos al pueblo que Dios nos ha confiado, y al ejército acampado en los reales del cielo, para que se mantenga firme contra las arremetidas del demonio? Jamás será buen soldado para la guerra el que primero no se haya ejercitado en la explanada; así como jamás alcanzará la corona de luchador el que de antemano no hiciere ensayo de sus fuerzas.

Aquel con quien estamos en guerra, es un veterano y experimentado enemigo. Hace ya cerca de seis mil años que el demonio está combatiendo al hombre. Sabe como tan experto y práctico todos los medios de tentarle; todas las estratagemas y ardidés para derribarle. En hallando desprevenido o indisciplinado al soldado de Jesucristo, y que no está sobre aviso, le acomete sin sentirlo, le engaña sin poderse precaver, y al menor pensar le deja burlado.

Pero si las tiene con alguno que guarda los mandamientos del Señor; que insiste firme en seguir los pasos de Jesucristo, seguramente ya es vencido; porque no hay poder serlo Jesucristo, a quien confe-

samos. Mas por no ser molesto, ni fatigar al que leyere, lo escuchare con un difuso tratado, todo lo he reducido a compendio, proponiendo los argumentos de las cosas que cada uno debe saber y tener presentes, y fundándolos sobre la autoridad de las Escrituras; por manera que la obra que te envío, no tanto es un tratado, como unas apuntaciones para formarlo, bajo cuyo método a todos será más útil y provechoso.

De lo contrario, si yo te mandase un vestido hecho y acabado, era de temer que no a todos viniese ajustado, por no estar cortado a la medida de todos. Así me contento con enviarte, de la misma lana y púrpura del Cordero que nos ha redimido y dado vida, con las cuales podrás hacer un traje acomodado a tu gusto y por consiguiente te agradará más como propio y casero.

Reparte también a los demás del presente que te dirijo, para que todos cubran su antigua desnudez con el ropaje de Jesucristo, es decir, con la celestial gracia que los vuelva santos.

Me ha parecido también conveniente, carísimo hermano, que habiendo de formar un exhorto tan necesario, cuyo fin es hacer mártires del mismo Jesucristo, se habían de evitar los circunloquios y rodeos de la humana elocuencia, sólo poniendo aquellas palabras con que habla Dios, y de las cuales se valió Jesucristo mismo para animar a sus siervos a padecer por él. Los mismos divinos mandamientos son con lo que a manera de armas se debe proveer a los combatientes. Ellos sean también la trompeta guerrera que con su sonido encienda los ánimos de los soldados. Ellos pongan alerta sus oídos; fortalezcan su corazón, presten energía a todas las facultades de alma y cuerpo para hacer frente a cualquiera suplicios y tormentos.

Nosotros que por la misericordia de Dios hemos administrado a los creyentes el primer bautismo, sólo resta que nos empeñemos en disponerlo para recibir otro segundo bautismo, manifestándoles ser éste superior en gracia; más sublime en poderío, más ilustre en honor: un bautismo en que los ángeles son los que bautizan; un bautismo de que Dios y Jesucristo se alegran; un bautismo, después del cual ya nadie peca; bautismo que consuma, y da cima a nuestra fe; bautismo que nos une con Dios al partir de este mundo. En el bautismo de agua se recibe el perdón de los pecados, en el bautismo de sangre la corona de las virtudes. Cosa verdaderamente digna de todos nuestros deseos, y de todas nuestras súplicas, pues con lograrla, de siervos que éramos de Dios nos hacemos amigos suyos.

TÍTULOS DE LOS SIGUIENTES CAPÍTULOS

I. Para exhortar y disponer a nuestros hermanos a hacer la confesión de Jesucristo con una fe y virtud sólidas, y armarlos contra la persecución, de manera que puedan sufrir el martirio, ante todo es preciso sentar que los ídolos que hacen los hombres no son dioses. Es la razón, porque lo que se fabrica es inferior a quien lo fabrica; y a nadie pueden defender ni salvar los que para salvarse a sí mismos necesitan del cuidado de los hombres. Que tampoco se debe dar culto a los elementos, pues que según el orden establecido por Dios, se hallan destinados al servicio del hombre.

II. Una vez destruido el culto de los ídolos, y hecho ver la naturaleza de los elementos, pasará a demostrar que sólo Dios es a quien se debe dar culto.

III. Añádense las amenazas de Dios contra los que sacrifican a los ídolos.

IV. Se declara no ser Dios fácil en perdonar a los idólatras.

V. Que tan grande es su indignación contra los idólatras, que ha mandado quitar la vida a los que aconsejaren sacrificar y servir a los ídolos.

VI. Tras esto síguese persuadir que los que han sido redimidos y vivificados por la sangre de Jesucristo nada antepongan a Jesucristo mismo, porque nada tampoco antepuso él a nosotros; lejos de eso por el amor que nos tenía, prefirió el mal al bien, la pobreza a las riquezas, la servidumbre a la dominación, la muerte a la inmortalidad; que por el extremo opuesto debemos nosotros preferir las riquezas y delicias del paraíso a la pobreza que se acaba con el mundo, la dominación y un reino eterno a una servidumbre temporal, la inmortalidad a la muerte, Dios y Jesucristo al demonio, y al antecristo.

VII. Póngase también en cuenta a los que han sido libertados de las garras del demonio, y de los lazos del siglo, para que no vuelvan a él por más angustias y tormentos que padezcan, ni echen a perder todo el fruto de haber escapado.

VIII. Que antes bien se mantengan y perseveren firmes en la fe y en la virtud, adquiriendo todos los aumentos de la gracia, a fin de conseguir la palma y la corona.

IX. Que si vienen trabajos y persecuciones, no es por otra cosa sino porque seamos probados.

X. Que así no hay por que temerlas, pues que el Señor es más

poderoso para defendernos, que el demonio para ofendernos.

XI. Y porque nadie se espante de las que sufrimos en este mundo, es menester hacerles ver que ya estaba predicho de antemano el aborrecimiento que nos había de tener el mundo, y las persecuciones que había de levantar contra nosotros, para que en viendo cumplidos estos vaticinios, creamos más firmemente en las recompensas que Dios nos ha prometido, y se han de seguir después. Ni esto debe hacer novedad a los cristianos, cuando desde el principio del mundo los buenos fueron perseguidos por los malos; oprimidos y muertos los justos por los injustos.

XII. Por último se hablará de las mismas recompensas que aguardan a los justos; y a los mártires después de las aflicciones y penalidades de esta vida; y se mostrará que por grandes que sean éstas, mayores serán aquellas.

CAPITULO I

Que no sean dioses los ídolos, ni que a los elementos se haya de dar culto como si lo fuesen, consta por el salmo 113. *Los ídolos de las naciones oro y plata; obra de las manos de los hombres. Tienen boca, y no hablan, ojos y no ven, Oídos, y no oyen, no hay aliento en su boca. Vuélvanse semejantes a ellos los que los fabrican.*

Lo mismo por el libro de la Sabiduría de Salomón: *Tuvieron por dioses a todos los ídolos de las naciones que no se pueden valer de los ojos para ver, ni de las narices para alentar, ni de las orejas para oír, ni de las manos para palpar, ni de sus pies para andar. El hombre es quien los hizo, y aquel que recibió la vida de otro, el que los formó. Empero ningún hombre podrá forjar un Dios semejante a él, pues como es mortal, sólo sacará un cuerpo muerto. Y si va a decir la verdad, mejor es él mismo que aquellos a quienes venera, porque lo que es él, ya ha vivido; pero ellos nunca han vivido* (Sab. 15).

Lo propio por el Exodo: *No fabricarás algún ídolo, ni imagen de ninguno* (Ex. 20). Cuanto a los elementos, esto es lo que dice Salomón: *Ni cuando atendían a las obras, conocieron quien fuese el artífice de ellas, sino que tuvieron por dioses, a cuyo arbitrio se gobernase el orbe terráqueo, bien al fuego, bien al aire, o al viento, bien a las estrellas que se mueven a la redonda, bien a las aguas que se amon-*

tonan, bien al sol, o a la luna. Y si lo creyeron así por la hermosura de estas criaturas, consideren cuanto más hermoso será el dueño de ellas; o si se maravillaron de sus virtudes y efectos, entiendan que quien las hizo tan grandes, más grande será que ellas mismas (Sab. 13).

CAPITULO II

Que solo se debe adorar a Dios, hállase escrito en el Deuteronomio. *Adorarás al Señor tu Dios, y servirás a él solo (Deut. 6).* En el Exodo: *No tendrás otros dioses sino es a mí (Ex. 20).* Allí mismo en el Deuteronomio: *Considerad, considerad que yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí. Yo mismo daré la muerte, y la vida: heriré, y sanaré, y no habrá quien a nadie libre de mis manos (Deut. 32).* Lo mismo en el Apocalipsis: *Vi a otro ángel que volaba por medio del cielo, y llevaba el Evangelio eterno para publicarlo sobre la tierra a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque ya llegó la hora de su juicio, y adorad al que hizo el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que en ellos hay (Ap. 19).*

Expresando también el Señor en el Evangelio los dos primeros mandamientos, dice así: *Escucha Israel: El Señor tu Dios es un solo Dios. Amarás pues al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Ese es el primer mandamiento, y el segundo semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mc. 12).* En estos dos mandamientos se encierra toda la ley y los profetas (Mt. 22). Y en otra parte: *La vida eterna consiste en que te reconozcan por Dios solo y verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Jn. 17).*

CAPITULO III

Las amenazas fulminadas por Dios contra los que sacrifican a los ídolos, leéanse en el Exodo: *El que sacrifica a otros dioses, salvo a solo el Señor, será exterminado (Ex. 22).* También en el Deuteronomio: *Sacrificaron a los demonios, y no a Dios (Deut. 32).* Lo mismo en Isaías: *Adoraron a los que formaron sus manos, y el hombre se incli-*

nó y humilló delante de ellos, y no les perdonará (Is. 2); y en otro lugar del mismo profeta: A ellos derramastéis las ofrendas; a ellos presentastéis los sacrificios, y ¿no me he de indignar sobre esto, dice el Señor? (Js. 57). Igualmente en Jeremías: No queráis ir tras los dioses extraños por servir a ellos, y no los adorareis, ni me provoquéis con unas obras hechas por vuestras manos a que os pierda (Jer. 7). Eso mismo en el Apocalipsis: Si alguno adora a la bestia, y su retrato, y recibe la marca en su frente, o mano, beberá del vino de la ira de Dios preparado en la copa de su indignación, y será castigado con fuego y azufre a vista de los santos ángeles, y a vista del cordero, y subirá el humo de sus tormentos hasta los siglos de los siglos. Y no tendrán descanso día y noche cuantos adoraren a la bestia y su retrato (Ap. 14).

CAPITULO IV

Cuanto a no ser Dios fácil en perdonar a los idólatras; Moisés le ruega en el Exodo por el pueblo, y no consigue lo que solicita: *Te pido, Señor, dice, pues que este pueblo ha cometido un grande delito, y se han fabricado dioses de oro, que si les habéis de perdonar este delito, se lo perdonéis, y cuando no, que me borréis del libro que habéis escrito. Y el Señor dijo a Moisés: Si alguno haya delinquido delante de mí, a éste le borraré de mi libro (Ex. 32).*

Allá cuando Jeremías suplicaba también por el pueblo, respondióle el Señor: *No quieras orar por este pueblo, ni me pidas nada a favor de ellos en tus ruegos, porque no los escucharé el día que me invocaren al tiempo de su aflicción (Jer. 7). Ezequiel publica la misma indignación de parte de Dios contra los que le ofenden. El Señor me habló, dice, así: Hijo del hombre: cualquiera tierra que pecare contra mí cometiendo el delito, alargaré mi mano sobre ella, y le haré estéril de pan llevar; enviaré hambre sobre ella, y acabaré con los hombres y animales que hubiere allí. Y aunque hubiese en medio de ella tres varones, como Noé, Daniel y Job, se salvarán a sí mismos, pero no salvarán a los demás (Ez. 14). Lo propio en el primer Libro de los Reyes: Si un hombre pecare contra otro hombre, habrá quien ruegue por él al Señor; más si el hombre peca contra Dios, ¿quién rogará por él? (1 Rey. 2).*

CAPITULO V

Ser tanta la indignación de Dios contra la idolatría, como que ha llegado a mandar sean privados de la vida los que aconsejaren sacrificar y servir a los ídolos, se ve en el Deuteronomio: *Y si te rogare tu hermano, hijo, hija o mujer, que está en tu regazo, o tu amigo, a quien amas, como a ti mismo, y te dijere en secreto: Vamos, y sirvamos a los dioses extraños, a los dioses de las naciones, no le condescenderás, ni le escucharás, ni le perdonarás, antes bien le delatarás. Serás el primero que ponga las manos sobre él para quitarle la vida, y luego todo el pueblo en pos de ti, y así morirá apedreado, pues que solicitó apartarte de tu Dios* (Deut, 13). Añade más el Señor, y dice, que aún cuando toda una ciudad consintiese en la idolatría, no se la debe perdonar este delito: *Si en alguna de las ciudades que te dará el Señor tu Dios para habitar en ella, oyes decir: Vamos y sirvamos a otros dioses, a quienes no has conocido, matarás a filos de la espada todos los que hubiere en aquella ciudad, y la entregarás al fuego, y quedará inhabitable para siempre jamás. Nunca será reedificada, a fin de aplacar la indignación y cólera del Señor, y él te hará misericordia; se apiadará de ti y te colmará si oyes la voz del Señor tu Dios, y observares sus preceptos* (Deut. 13).

Así lo ejecutó Matatías, quitando la vida al que se había acercado al altar para sacrificar al ídolo (Mac. 2). Y si aún anteriormente a la venida de Jesucristo hubo tal rigor en la observación de la ley perteneciente al culto de Dios y menosprecio de los ídolos, ¡cuánto más deberá haberle, después que vino Jesucristo, y nos exhortó no solo de palabra, sino también con los hechos, hasta sufrir todo linaje de afrentas e improperios; hasta ser crucificado, y nos enseñó con su ejemplo a padecer y morir por él! El hombre que no lo hiciere así, no tiene ninguna excusa, pues habiendo él padecido por causa de nosotros, y de los pecados ajenos, ¿qué razón habrá para que nosotros dejemos de padecer por los nuestros personales y propios? Esto es lo que le obliga a fulminar en el Evangelio la siguiente amenaza: *A cualquiera que me confesare delante de los hombres, confesaréle también yo delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero al que me negare delante de los hombres, también le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos* (Mt. 10).

Asimismo el apóstol San Pablo dice: *Si morimos con él, viviremos con él. Si sufrimos con él, reinaremos con él. Mas si le negamos,*

también nos negará él (2 Tim. 11). Y San Juan: Quien niega al Hijo, no reconoce al Padre, quien confiesa al Hijo, reconoce al Hijo, y al Padre (I Joan, 2).

De ahí también aquellas palabras del Señor, cuando nos exhorta y anima al desprecio de la muerte: *No temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sí temed al que puede matar alma y cuerpo, echándolos al infierno (Mt. 10); y lo que dice en otra parte: Quien ama a su alma en esta vida, perderla ha; y quien la aborrece en esta vida, guardarla ha para la otra vida (Jn. 12).*

CAPITULO VI

Que los que hemos sido redimidos y vivificados con la sangre de Jesucristo, nada debemos anteponer a Jesucristo, lo asiente el Señor en el Evangelio, cuando dice: *Quien a su padre o madre ama más que a mí, no es digno de mí. Quien a su hijo o hija ama más que a mí, no es digno de mí; y quien no toma su cruz y me sigue, tampoco es digno de mí (Mt. 10).*

También exclama el Apóstol: *¿Quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿Serán las congojas, las amarguras, o la persecución? ¿serán el hambre, la desnudez, los peligros o el cuchillo, según aquello que está escrito: Todos los días se nos hace morir por ti: hemos sido reputados como ovejas destinadas al matadero? Pero en todo esto salimos vencedores mediante aquel que nos ha amado (Rom. 8).*

Lo mismo dice en otro lugar: *No sois de vosotros mismos, pues habéis sido comprados por un grande precio: glorificad y llevad a Dios en vuestros cuerpos (I Cor. 6); y en otra parte: Murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí; antes bien para Aquel que murió, y resucitó por ellos (2 Cor. 5).*

CAPITULO VII

En prueba de que los que han sido libertados de las garras del demonio, y han escapado de los lazos del mundo, no deben volver otra vez al mundo, porque no pierdan el fruto de haber escapado, considérese lo siguiente. Cuando el pueblo hebreo, que figuraba a los cristianos, se libró según se ve en el Exodo, de la durísima esclavitud

del Faraón y de Egipto, es decir, del demonio y del mundo, pérfido e ingrato hacia Dios empezó a murmurar contra Moisés; y sólo atendiendo a las incomodidades que sufría en el desierto, sin hacerse cargo del beneficio de la libertad que había conseguido del mismo Dios, solicita volver a Egipto, esto es, a la servidumbre del siglo que ya había sacudido, al tiempo mismo que debía creer más que nunca, y confiar en el Señor; pues quien libertaba a su pueblo de la esclavitud del demonio y del mundo, no hubiera dejado de protegerle después de libertado. *¿Qué bien nos has hecho, dicen a Moisés, en habernos sacado de Egipto? Mejor nos estuviera servir a los egipcios, que morir en esta soledad. Moisés respondió al pueblo: Confiad, estad firmes, y ved como en este día va a salvarnos el Señor. El mismo Señor peleará por vosotros, y vosotros no hablaréis palabra* (Ex. 14).

Esto mismo nos advierte Jesucristo en su evangelio, cuando para enseñarnos, como no debemos volver de nuevo al demonio y al siglo, a los cuales hemos renunciado, y de quienes nos hemos desprendido, nos dice así: *Nadie que al echar la mano al arado mira hacia atrás, es a propósito para el reino de Dios* (Lc. 19). También dice: *El que está en el campo, no vuelva atrás: acordaos de la mujer de Loth* (Luc. 17). Y porque nadie en fin se retraiga de seguir a Jesucristo por apego a sus cosas, o por amor a los suyos, concluye diciendo: *Quien no da la mano a todo lo que es suyo, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14).

CAPITULO VIII

Para ver que hemos de perseverar, y afirmarnos en la fe y en la virtud, hasta conseguir los aumentos de la gracia espiritual, a fin de que lleguemos a recibir la palma y la corona, se dice en el Paralipómenon: *El Señor es con vosotros, en tanto que vosotros sois con él. Mas si vosotros le abandonaréis, él también os abandonará.*

Lo mismo en Ezequiel: *La justicia del justo no le salvará en cualquiera día que se descaminase* (Ez. 33). Igualmente dice el Señor en su Evangelio: *El que perseverare hasta el fin, este será salvo* (Mt. 10). Otrosí: *Si permanecieréis en mis palabras, seréis mis verdaderos discípulos; conoceréis la verdad, y la verdad os salvará* (Jn. 8). Advirtiéndonos también que estemos aparejados siempre y listos: *Estad, dice, con haldas en cinta, y ardan nuestras lámparas; y sed semejantes a los siervos que aguardan a que su Señor vuelva de las bodas*

para abrirle la puerta luego que llegase y tocase a ella. Bienaventurados aquellos siervos a quienes encontrare velando el señor a su llegada (Lc. 12). Exhortándonos también el apóstol San Pablo a que adelantemos y crezcamos en la fe hasta darle cima, nos habla así: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos en verdad corren; pero uno solo se lleva el premio? Corred pues de modo que lleguéis a cogerlo; porque todos los que allí luchan, observan una rigurosa abstinencia, solo por lograr una corruptible corona en lugar de otra incorruptible que vosotros esperáis (1 Cor. 9). Y en otra parte: Ninguno que sirve en la milicia de Dios debe afanarse en negocios temporales, para poder agradar a aquel a quien se entregó. Y aunque uno pelear, no será coronado mientras no pelear como es debido (2 Tim. 2). Y en otro lugar: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, hagáis de vuestros cuerpos una hostia viva, santa, agradable al Señor; y que no os conforméis con este siglo; antes bien os transforméis por la renovación de vuestro espíritu, para saber cual sea la voluntad de Dios; cual lo bueno y perfecto que le agrada (Rom. 12). Otrosí: Somos hijos de Dios, y si somos hijos de Dios, también seremos herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo. Se entiende, si padecemos con él, para ser glorificados con él (Rom. 3). A eso alude el exhorto que se nos hace en el Apocalipsis: Guarda lo que tienes, para que otro no reciba tu corona (Ap. 3).

Hallamos en el Exodo un ejemplo de perseverancia y tesón, cuando Moisés tenía levantadas las manos en alto como símbolo de la cruz para vencer a Amalech, que era figura del demonio, y no pudo lograr la victoria contra el enemigo hasta tanto que se mantuvo firme en aquella misteriosa postura. Sucedió, dice, *que cuando levantaba las manos Moisés, llevaba la ventaja Israel; mas apenas las bajaba, prevalecía Amalech, hasta que tomando una piedra se la pusieron debajo, y él se sentó sobre ella. Aarón y Ur sostenían los brazos de Moisés por uno y otro lado, y permanecieron así hasta ponerse el sol. Josué puso en fuga a Amalech, y a todo su pueblo. Y dijo el Señor a Moisés: Escribe esto, para que quede memoria de ello en el libro, y díselo a Josué, porque borraré la memoria de Amalech de debajo del cielo (Ex. 17).*

CAPITULO IX

Que las congojas y persecuciones no nos vienen sino para probar-nos, se expresa en el Deuteronomio. *El Señor vuestro Dios os tienta, por ver si le amáis de todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas* (Deut. 12). Lo mismo en Salomón: *Las vasijas del alfarero prueba el horno, y la tribulación a los hombres justos* (Ecle. 27). Lo propio atestigua San Pablo, cuando dice: *Nos gloríamos en la esperanza de ver a Dios; y no sólo en esto, sino también en las aflicciones, sabiendo que la aflicción nos hace pacien-tes, la paciencia nos prueba, y esta prueba nos hace esperar, pero con una esperanza que no confunde, porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado* (Rom. 5).

También asiente y dice San Pedro en una de sus cartas: *Carísi-mos, no queráis maravillaros de los trabajos que os acontecen, pues son para probaros, ni desfallezcáis como si fuese una cosa que de nuevo os sucede; antes bien cuando quieras que tengáis parte en los sufrimientos de Jesucristo, alegraos sobremanera, a fin de que tam-bién os regocijéis gozosos cuando llegará a descubrirse su gloria. Si os viruperan en nombre de Jesucristo, seréis dichosos; porque la majestad y el poderío del Señor residen en vosotros, de los cuales si ellos blasfeman, nosotros los honramos* (1 Ped. 4).

CAPITULO X

Que no se han de temer las persecuciones, siendo el Señor más poderoso para defendernos, que el demonio para ofendernos, lo demuestra San Juan en su carta, cuando dice: *Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo* (1 Jn. 4). También se expresa en el salmo 117: *No temerá de lo que me pueda hacer el hombre: El Señor es quien me auxilia*. Y en otro salmo: *Estos confiarán en sus carros, esos otros en los caballos; mas nosotros en el nombre de Dios nuestro Señor, a quien engrandecemos. Ellos quedaron enredados y cayeron; pero nosotros nos levantamos y nos pusimos de pie* (Sal. 19). Y aun para mostrarnos y declararnos el Espíritu Santo con más energía que no debemos temer las hostilidades del demonio, y que en el mismo hecho de estar con nosotros en guerra, se fundan nuestras

esperanzas; pues que peleando con él llegan los justos a conseguir el premio de la eterna salvación, y de sentarse junto al mismo Dios. En el salmo 26 dice así: *Si las huestes se enderezasen contra mí, no temerá mi corazón; si la guerra se levantara contra mí, en esto mismo concebiré mis mayores esperanzas. Sola una cosa he pedido al Señor, e iré en demanda de ella, y es el poder habitar en su casa todos los días de mi vida.*

Igualmente declara en el Exodo la Sagrada Escritura, que las aflicciones son las que nos acrecientan y engrandecen, diciendo: *Cuanto mas los oprimían, tanto más se multiplicaban, y cobraban más fuerzas* (Ex. 14). Ni es otro el que nos promete y asegura esta protección, sino aquel mismo que nos dice por el profeta Isaías: *No quieras temer, porque yo te he redimido, y te he llamado por tu nombre: tú eres mío. Aunque pases por medio de las aguas, soy contigo, y los ríos no te sumergirán. Aunque andes a través del fuego, no te abrasarán las llamas; porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel que te hago salvo* (Is. 43).

El mismo señor ofrece en el Evangelio que no faltarán los socorros de Dios a sus siervos al tiempo que se vieren perseguidos: *Cuando os entregaren, dice, en sus manos, no andéis pensando cómo o que deberéis hablar; pues en aquella hora proveeroseos ha de lo que hubieréis de decir; porque no sois vosotros los que habláis, sino que el Espíritu de vuestro Padre es quien en vosotros habla. Y en otro lugar: Parad mientes en no andar discurriendo sobre que alegraréis en vuestra defensa; pues yo os daré una boca, y una sabiduría a que no podrán resistir vuestros enemigos* (Lc. 21).

A ese modo leemos en el Exodo que habló Dios a Moisés, cuando estaba dudoso y temeroso de ir adonde se hallaba el pueblo, diciendo: *¿Quién dio la boca al hombre? ¿Quién hizo al mudo y al sordo? ¿Quién al que ve y no ve? ¿Por ventura no fui yo que soy Dios y Señor? Marcha pues que yo abriré tu boca; y te instruiré sobre lo que has de decir* (Ex. 4). Ni a Dios le es dificultoso abrir la boca de un hombre que todo es suyo, o inspirar a sus confesores la resolución y confianza en hablar, cuando, según consta del libro de los Números, también hizo hablar a una burra contra el profeta Balaan (Núm. 21). Así nadie esté pensando al tiempo de la persecución en los peligros que el demonio le puede armar; antes bien considere los auxilios que le prestará Dios. No acobarden al corazón las violencias de los hombres; en lugar de eso fortalezcan la fe los socorros del mismo Dios;

siendo cierto que cada uno los recibirá a medida que ella fuese ardiente y animosa; y que nada le es imposible al Todopoderoso entre tanto que no desfallezca nuestra fe.

CAPITULO XI

Estar predicho de antemano que el mundo nos había de aborrecer y que levantaría persecuciones contra nosotros; no siendo novedad cuantos trabajos acontecen a los cristianos; pues que desde el principio del mundo habían padecido los buenos y habían sido oprimidos y muertos por los malvados, el Señor lo advierte en el Evangelio cuando dice: *Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció a mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas como no sois del mundo, y yo os he entresacado del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de lo que os tengo dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros (Jn. 15). Allí mismo: Llegará la hora en que cualquiera que os quitare la vida, pensará hacer un obsequio a Dios; pero lo harán así, por no haber conocido a mi Padre, ni a mí. Todo esto os lo he dicho para que cuando llegare la hora, os acordéis que yo soy quien os lo dijo. (Ibid.). Otrosí: En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y os lamentaréis y el mando se regocijará: vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría (Ibid.). Y en seguida: Os he hablado esto, para que tengáis la paz en mí; pues en el mundo no os faltarán tribulaciones; pero confiad; que yo he vencido al mundo (Ibid.).*

Cuando le preguntaban sus discípulos sobre las señales que predecirían a su venida, y al fin del mundo, respondiendo les dijo: *Guardaos de que nadie os engañe, porque varios vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y sorprenderán a muchos. Empezaréis a oír el estruendo de guerras; mirad no os alborotéis, pues conviene suceda esto; pero aún no habrá llegado el fin. Se levantará gente contra gente; reino contra reino; y habrá hambre, temblores de tierra, y peste por todos los lugares; mas todo esto no será sino principio de dolores, como de las que paren. Entonces os entregarán para ser atormentados, os quitarán la vida, y seréis aborrecidos de todas las naciones a causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos; se aborrecerán, y se venderán los unos a los otros. Se levantarán*

varios profetas falsos, y seducirán a un gran número de personas; y porque abundará la maldad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Y este Evangelio del reino de Dios se predicará por toda la redondez de la tierra, para que sirva de testimonio a todas las naciones, y entonces llegará el fin. Así luego que vieréis apoderarse del lugar santo la abominación, y la ruina vaticinadas por Daniel profeta (quien lo lee, que lo entienda), entonces los que estuvieren en Judea, huyan a los montes, y el que estuviere sobre la azotea, no baje a tomar nada de su casa, y el que estuviere en el campo, no vuelva atrás a sacar su vestido. ¡Ay de las que estuvieren en cinta o criando en aquellos días! Orad, para que vuestra huida no suceda en invierno ni en día de sábado, porque en aquel entonces habrá tamaña aflicción, cual no se ha visto desde el principio del mundo, ni se verá en adelante. Y sino se hubiesen abreviado aquellos días, nadie se hubiera salvado; empero serán abreviados en favor de los escogidos. Si entonces os dijere alguno: ved aquí a Cristo, o allí le tenéis al mismo, no hay que creerle, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes prodigios y maravillas para engañar, si pudiesen, aún a los mismos escogidos. Vivid pues sobre aviso que para eso os lo he dicho todo de antemano. Así, aunque os dijeren: miradle allá en el desierto, no vayáis: vedle aquí en casa, no lo creáis, porque así como de un golpe resplandece el aire desde el oriente al occidente, lo mismo será la venida del Hijo del Hombre. Donde estuviere un cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. Tras aquellos días de congoja, luego se obscurecerá el sol; la luna no dará su luz; las estrellas caerán del cielo, y se estremecerán las virtudes de los cielos. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán venir al Hijo del hombre en las nubes del cielo con mucha gloria y majestad, el cual enviará a sus ángeles con una grande trompeta, y juntará a sus escogidos de las cuatro plagas del mundo, y desde el uno hasta el otro extremo de los cielos (Mt. 24).

Ni son nuevos ni de ahora los trabajos que al presente afligen a los cristianos; pues que los buenos y justos, y los que por una vida inocente, y por su respeto a la verdadera religión están enteramente sometidos a Dios, siempre han caminado por las estrechas y penosas sendas de adversidades, afrentas, y todo linaje de males. Así un Abel justo fue muerto por su hermano a poco después de la creación del mundo. Jacob se vio precisado a huir; José vendido; el piadoso David

perseguido por Saúl; Elías por Acháb, cuando sostenía con fortaleza y tesón la gloria del señor. El sacerdote Zacarías es muerto en medio del templo y del altar, haciendo él mismo de víctima en el propio sitio donde solía ofrecer víctimas a Dios. Tantos martirios, en fin, de hombres justos, cuya memoria celebramos, ¿qué otra cosa son, sino otros tantos ejemplos de una animosa fe?

Aquellos tres jóvenes Ananías, Azarías y Misael, iguales en edad; en el amor concordes; firmes en la fe; en el valor constantes; superiores a las llamas, y a todo el apartado de suplicios con que se les amenazaban, claman que no servirán, sino a Dios, que solo reconocen a él, solo adoran a él, diciendo: *Rey Nabucodonosor, no tenemos que responderte sobre esto. Hay un Dios, a quien nosotros servimos, y que nos puede librar de tus manos. Y aun cuando no lo hiciese así, sábetete que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado* (Dan. 3).

Daniel consagrado a Dios, y lleno del Espíritu Santo exclama también: *Yo no adoro sino al Señor mi Dios, que creó el cielo y la tierra* (Dan. 14). Pues Tobías en medio de hallarse bajo la dura esclavitud de un rey tirano, no deja de confesar a Dios con generosa libertad de espíritu, ni de publicar a voces la grandeza y majestad del Señor: *Yo, dice, puesto en la región de mi cautiverio le confieso y hago ver su poderío a una nación pecadora* (Tob. 13). ¿Y qué diré de los siete hermanos Macabéos tan parecidos en su coraje, como en lo ilustre de su nacimiento, y que llenan el número de siete; número que encierra muchos misterios, y es la última perfección de las cosas. Aquellos hermanos que padecieron juntos el martirio, son siete, como fueron siete los días, en que Dios creó al mundo y que comprenden siete mil años, como son siete los espíritus, y siete los ángeles que asisten en la presencia del Señor; siete las lámparas del tabernáculo de Moisés; siete los candeleros de oro en el Apocalipsis; siete las columnas que refiere Salomón y sobre las cuales edificó la Sabiduría su casa; siete los hijos que, según leemos en el primer libro de los Reyes parió aquella mujer estéril; siete en Isaías aquellas otras mujeres que toman a un solo hombre por marido con deseo de llamarse todas por su nombre; siete las iglesias a que escribe San Pablo en observancia de este número misterioso; siete también a las que en el Apocalipsis endereza el Señor sus divinas instrucciones, y celestiales avisos, así como a los ángeles que las presiden. Con los siete hijos se junta también la madre, que era su cepa y origen, la cual parió después

hasta siete iglesias, siendo ella la primera y única que fue fundada sobre Pedro por la palabra de Jesucristo.

No carece de misterio en los tormentos, porque una vez que los mártires confiesan ser hijos de Dios en medio de los suplicios, ya no tienen otro padre que a Dios, conforme a lo que nos advierte el Señor en el Evangelio, cuando dice: *A nadie llamaréis vuestro padre sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 23).

Pero ¡qué heroica confesión la que hicieron los Macabéos! ¡Cuán esclarecidas, cuan grandes las pruebas que nos dejaron de su valerosa fe! El cruel inhumano rey Antíoco, o por mejor decir, el mismo antecristo figurado en la persona de Antíoco, solicitaba ensuciar las bocas de los mártires, que tan gloriosamente habían confesado al Señor, con obligarles a comer de las carnes inmundas de puerco, y después de haberlos hecho azotar desapiadadamente, sin sacar ningún provecho de su empeño, mandó poner al fuego las sartenes, y echar en ellas cuando ya estaban caldeadas al que había hablado primero, y provocado mas al rey con la inconstatable firmeza de su fe, para que fuese freído allí, habiéndole hecho antes cortar aquella lengua que había glorificado a Dios, no con poco aplauso del mismo mártir; pues una lengua que había confesado el nombre de Dios, era justo que fuese enviada la primera a Dios.

Pasando al segundo hermano, inventó unos suplicios todavía más atroces, porque antes de atormentarle en los demás miembros, hizo le arrancasen la piel de la cabeza con sus cabellos, llevado de un odio que sin duda se dirigía contra Dios y Jesucristo mismo; pues si Jesucristo es la cabeza del hombre, así como lo es Dios de Jesucristo (2 Cor. 11), el que despellejaba la cabeza de un mártir, a quien perseguía, era a Dios y a Jesucristo. Pero confiado aquel en su martirio, y prometiéndole el premio de la futura resurrección de un Dios remunerador, exclamó y dijo así: *Tú con el poderío que tienes de un tirano, es verdad nos haces perder esta presente vida; mas el que es rey de todo el mundo, nos resucitará para la vida eterna a los que hemos muerto por sus leyes* (Moc. 7).

El tercer hermano sacó por de pronto la lengua que se le había pedido, habiendo aprendido del primero a despreciar el tormento, que había de sentir al cortársela: extendió también las manos intrépido, para que hiciesen lo mismo con ellas; harto feliz por este linaje de

suplicio, pues con extender así sus manos para sufrir el martirio, imitaba al Señor, que igualmente extendió las suyas en su pasión.

Ni el cuarto se mostró menos impertérrito para arrastrar los tormentos que le aguardaban, el cual por abatir la saña del rey, le dijo con una voz como dictada del cielo: *Por el poderío, le dice, que tienes entre los hombres, aunque seas mortal como ellos, tú haces lo que quieres. Mas no pienses por eso que Dios haya abandonado a nuestro linaje. Detente, y considera su inmenso poder; y el escarmiento, que va a ejecutar en ti, y en toda tu raza* (Ibid.)

¡Qué consuelo para un mártir! ¡Qué agradable satisfacción! no hacer caso en sus tormentos de los dolores y penas que sufría; antes bien estar publicando los que en breve había de sufrir su verdugo!

En el sexto no sólo es de alabar su coraje, más también su humildad; pues sin hacer ostentación de su martirio, ni vanagloriarse con voces altaneras del mérito de su confesión, sólo atribuía a sus pecados la persecución que estaba padeciendo de parte el rey, dejando a cargo de Dios su venganza. Con esto dio ejemplo a los mártires, para que sean modestos; para que sólo esperen de Dios la venganza y no se envanezcan cuando están en los tormentos. *No te engañes, le dice, vanamente; pues nosotros mismos somos la causa de lo que estamos padeciendo, por haber pecado contra nuestro Dios. Mas no pienses, que por tu parte quedarás sin castigo, habiéndote atrevido a lidiar contra el mismo Dios* (Ibid.).

Y aquella maravillosa madre, que ni se dejó abatir por la debilidad de su sexo, ni se entristeció por la pérdida de tantos hijos, los vio morir del mejor talante, sin llevarle tanto la atención los tormentos que sus caras prendas estaban sufriendo, como la gloria que de ellos les iba a resultar; por manera que con el valor que tuvo de estarlos mirando cuando eran martirizados, tan mártir fue para Dios, como lo eran sus hijos por lo que en sus miembros padecían.

Muertos ya hasta seis de los hermanos, y sobreviviendo uno sólo, a quien el rey prometía riquezas, honores, y otras muchas comodidades, para que su rabia y furor se satisficiera siquiera con el vencimiento del único que quedaba, instaba a la madre porque le exhortarse a una con él para apartarle de su propósito. Exhortole, es verdad; pero cual convenía a una madre de mártires; cual convenía a una madre que tenía presente la ley del Señor; cual convenía a una madre, que amaba a su hijos, no con una ternura muelle, sino con afecto varonil. Exhortóle, es verdad; pero para que confesase a Dios. Exhor-

tóle, pero a fin que no se apartase de sus hermanos en la gloria del martirio, creyendo que entonces sería verdadera madre de siete hijos, cuando antes tuviese la dicha de haberlos parido para Dios, que para el mundo. Por animarle y confortarles pues, y volviendo a parirle segunda vez con un parto más feliz, que el primero: *Hijo, le dice, ten piedad de mí, que te llevé en mi vientre por espacio de diez meses; que te crié con mi leche en tres años, y te he traído a la edad en que estás. Te pido, hijo mío, que mires al cielo, a la tierra, y a cuando en ellos hay, y consideres que Dios los crió de la nada, igualmente que a todo el género humano. Así, hijo, no temas a este verdugo; antes bien haciéndote digno de tus hermanos, recibe la muerte, a fin de que te veas con ellos al tiempo de las misericordias del Señor (Ibid.).*

¡Madre digna de alabanza en haber exhortado a sus hijos a revestirse de valor; pero más digna todavía por su temor a Dios, y por su sólida fe!; pues sin contar nada para sí, ni para su último hijo con la gloria de los otros seis, que ya habían sufrido el martirio y persuadida que las oraciones de éstos no serían de ningún provecho a aquel, si por desgracia llegase a negar la fe, le redujo a ser partícipe de sus tormentos, para que el día del juicio pudiese encontrarse con ellos.

Por último muere también la madre con sus hijos, pues ya nada faltaba, sino que aquella la cual había parido y aún fabricado a los mártires, con ellos se juntase en el triunfo, y siguiese en pos a los que había enviado a Dios delante de sí.

Mas porque nadie se deje engañar con recibir billetes que le ofrecen, o con otros iguales artificios ¹¹, no sería bien pasásemos en silencio a Eleázaro, el cual, proponiéndole los ministros del rey que le traerían de las carnes que le era lícito comer par hacerle creer que lo que comía, eran las que habían sido ofrecidas a los ídolos, no quiso condescender a tan falaz sugestión, diciendo sería una cosa indigna de sus canas y de su nobleza andar en esas supercherías, con que se escandalizarían y caerían en error los demás, pues llegarían a persuadirse que Eleázaro al cabo de noventa años de edad había venido a seguir las costumbres de las naciones, después de haber abandonado traidoramente la ley del Señor, y que lo poco que le restaba vivir, ¿de que le pudiera aprovechar, si ofendiendo a Dios iba a incurrir en una eterna condenación? Atormentado pues por largo tiempo, y cercano a espirar en medio de los más crueles suplicios, así dijo entre gemidos: *Señor, cuyo saber es santo, no te se oculta, que pudiendo librarme de la muerte estoy sufriendo en mi cuerpo los dolores más acerbos, y soy*

fieramente azotado; pero por el temor que os tengo, con ánimo y muy gustoso padezco todos estos tormentos (2 Macab. 5). ¡Gallarda fe! ¡Robusta y acendrada virtud! ¡no hacer caso de un Antíoco rey, y solo tener presente a Dios! ¡Estar cierto que de nada le serviría para su salvación el engañar a un hombre, pues que no hay poder engañar a Dios, juez de nuestras almas, y solo él digno de ser temido!

Así cuando viviésemos enteramente consagrados al Señor; cuando caminásemos siguiendo las huellas que nos dejaron los santos, pase-mos por las mismas penas y tormentos por donde ellos pasaron. Ten-gamos a grande dicha de estos tiempos, que sin embargo de ser raros y fáciles de contar los martirios de los antiguos, ahora que tanto flore-cen la fe y la virtud, ya no hay guarismos para referir los mártires de Jesucristo según aquella expresión del Apocalipsis: *Tras esto vi una grande turba que nadie podía contar de todas las naciones, de toda tribu, de todo pueblo, e idioma, que estaban delante del trono y del cordero vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos y clamaban en alta voz: Salud a nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al cordero; y uno de los ancianos, encarándose conmigo, me dijo: ¿Quiénes son éstos que están vestidos de ropas blancas, y de donde han venido? Yo le respondí: Señor, vos lo sabéis, y luego me dijo: Estos son los que vinieron de grandes tribulaciones y lavaron, y blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero; por tanto se hallan delante del trono de Dios, y le sirven noche y día en su templo* (Ap. 7). Pues que los mártires son innumerables, ninguno tenga por arduo y difícil llegar a ser mártir.

CAPITULO XII

Cual sea la esperanza de los justos y de los mártires, y qué recom-pensas les aguardan después de los trabajos y sufrimientos de esta vida; ya lo declaró el Espíritu Santo diciendo por boca de Salomón: *Aunque padecieron tormentos delante de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Mortificadas en poco, en mucho saldrán mejorados; pues tentólos Dios, y los halló dignos de sí. Los probó como el oro en la fragua, los recibió como una hostia de holocausto y a su tiempo se hará caudal de ellos. Juzgarán a las naciones, domi-nará a los pueblos y reinará su Señor para siempre jamás* (Sab. 3).

En el mismo Salomón se descubre el modo con que seremos ven-

gados de los que nos persiguen, y tiran a degüello, y como al cabo llegarán a arrepentirse: *Entonces, dice, comparecerán los justos con grande tesón contra aquellos que los afligieron y los quitaron el fruto de sus trabajos. Viéndolos éstos, serán sorprendidos de un horrible temor, y quedarán pasmados con lo repentino de la no esperada salvación, y dirán entre sí arrepentidos, y suspirando en fuerza de la amargura de su corazón: Estos son aquellos, de quienes nos reíamos y hacíamos mofa en otro tiempo. ¡Insensatos de nosotros! su vida la teníamos por una locura, y creíamos que su fin sería sin honor. Pues ved como han sido contados entre los hijos de Dios, y como su suerte es con los santos. Luego erramos el camino de la verdad; no nos alumbró la luz de la justicia, ni nació para nosotros el sol. Cansándonos hubimos en los caminos de la iniquidad y perdición; anduvimos por veredas difíciles y solitarias; ni llegamos a conocer los caminos del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿De qué nos sirvió la jactancia por las riquezas? Todas estas cosas pasaron como una sombra (Sab. 5).*

También en el salmo 115 se habla sobre la recompensa y precio del martirio: *Preciosa es, dice, en el acatamiento del señor la muerte de sus santos. Asimismo el salmo 125 nos declara por una parte lo penoso del combate, la alegría de la retribución por otra. Los que siembran con lágrimas, segarán con gozo. Yendo iban y lloraban esparciendo sus semillas; mas cuando vengan, vendrán con alegría cargados de manojos. Eso mismo en el salmo 118. Bienaventurados, dice, los que van puros en su andanza, los que caminan en la ley del Señor. Bienaventurados los que contemplan sus martirios¹², los que le buscan de todo su corazón.*

El mismo Señor vengador nuestro contra los que nos persiguen, y remunerador de lo que sufrimos por él: *Bienaventurados, dice en el Evangelio, los que padecieren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt. 5). Y en otra parte: Seréis bienaventurados, cuando los hombres os aborrecieren, os separaren, arrojar y maldicieren como a malvados por causa del Hijo del hombre. Alegraos y regocijaos en aquel día; porque una grande recompensa os aguarda en los cielos (Lc. 6).*

Ni solo promete Dios el premio a los que han sido atormentados y muertos por él; mas también a todos los fieles que, aunque les haya faltado la ocasión del martirio, se han mantenido firmes y sanos en la fe; y cualquiera de los cristianos que abandonando y dejando sus

bienes, siguiese a Jesucristo, será contado en el número de los mártires por él mismo según aquello que dice: *No habrá ninguno que abandone su casa o heredad, o padres, hermanos, mujer o hijos por el reino de Dios, y no reciba en este mundo siete veces otro tanto, y la vida eterna en el venidero* (Lc. 18).

Lo propio se expresa en el Apocalipsis. Vi, dice San Juan, *las almas de los que habían muerto por el nombre de Jesucristo, y por la Palabra de Dios*; y después de haber puesto a estos en primer lugar, añadió diciendo: *Y todos los que no habían adorado el retrato de la bestia, ni marcaron la frente o mano con su sello* (a unos y otros asegura que los vio juntos) y concluye: *Vivieron y reinaron con Jesucristo* (Ap. 20). Asienta que todos ellos viven y reinan con Cristo, no solo los que fueron muertos, sino también los que permanecieron firmes en la fe y en el temor de Dios, y no dieron culto a la imagen de la bestia, ni obedecieron a sus fatales y sacrílegos edictos.

Ser mas la recompensa que recibiremos allí, que lo que sufrimos aquí, lo declara el bienaventurado apóstol San Pablo; aquel mismo que por una gracia particular de Dios fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta el paraíso; que asegura haber oído cosas que no son para contar; que se gloria de haber visto al Señor Jesús claramente, y sin el velo de la fe; que afirma con el testimonio clásico de su propia experiencia cuando así oyó y vio: *Los sufrimientos de esta vida, dice, no son de comparar con la gloria venidera que se descubrirá en nosotros* (Rom. 8, 18).

En vista de esto, ¿quién no echará todo el resto de sus fuerzas por llegar a tanta gloria; por hacerse amigo de Dios; por regocijarse cuanto antes en Jesucristo; por conseguir tras los tormentos y suplicios de la tierra las recompensas del cielo? Si a los soldados que militan en los ejércitos de este mundo, les resulta tanta gloria, cuando vencido el enemigo vuelven triunfantes a la patria, ¿cuánto mayor, y más plausible será volver triunfante al paraíso, después de haber vencido al demonio, colgando de nuevo los trofeos en aquel mismo sitio, de donde había sido arrojado Adán en pena de su pecado, habiendo primero derribado a quien le echó de allí: ofrecer a Dios la más agradable ofrenda, una incorruptible fe, una virtud a toda prueba, un ánimo generoso y devoto; acompañarle cuando viniere a tomar venganza contra sus enemigos; estar a su lado, luego que se sentare a juzgar; hacerse coheredero de Jesucristo; ser igual a los ángeles; poseer el reino de los cielos; regocijarse con los patriarcas, con los apóstoles, con los profetas?

¿Qué persecución, qué tormentos serán capaces de alterar un corazón penetrado de tan heroicos sentimientos? Una alma bien arraigada en semejantes piadosas consideraciones, persevera firme contra todos los fieros del demonio y contra las amenazas del mundo; permanece segura con una sólida y viva fe de lo que está por venir. En la persecución se cierran, es verdad, los ojos de los mártires cuanto a la tierra, pero les queda patente el cielo. El anticristo les amenaza; pero Jesucristo los ampara: se les da la muerte; pero a la muerte se sigue la inmortalidad; se le quita el mundo, pero se les vuelve el paraíso; para ellos se acaba la vida temporal; pero de nuevo comienza la eterna.

¡Qué dicha! y ¡qué consuelo! ¡partir de aquí alegre! ¡salir glorioso de en medio de angustias y tormentos! ¡cerrar en un instante los ojos para no ver ya al mundo y a los hombres, y abrirlos luego al punto por ver a Dios y a Jesucristo! ¿Puede haber mayor felicidad que esta repentina mudanza? En un golpe eres arrancado de la tierra, para ser colocado en el cielo. Esto es lo que debemos llevar impreso en el corazón. Esto es lo que día y noche ha de ser materia de nuestras meditaciones. Si la persecución encontrare prevenido así al soldado de Jesucristo, no habrá poder para derribar un corazón dispuesto tan de veras al combate. Y aunque venga la muerte por sí, no quedará sin premio una fe que estaba aparejada para el martirio. Las recompensas que da Dios como juez, las da sin limitación a tiempo fijo. En la persecución remunera el coraje, y en la paz la pureza interior y los buenos deseos.

NOTAS

1. Imita a Tertuliano en el libro que escribió *de Patientia*; el mejor que según algunos compuso aquel grande varón, y a entrambos imitó después San Agustín en el que trabajó con el mismo título. San Cipriano dispuso el suyo, cuando ardían las disputas sobre la rebautización de los herejes, como se saca de la carta LXXII a Jubayano, con la cual le remitía su tratado.

2. De esta cláusula, y otras que se siguen, usa la iglesia en las segundas lecciones de la dominica cuarta después de Pascua.

3. Tertuliano: *Philosophi quidem qui alicujus sapientiae animalia deputantur, tantum illi subsignant, ut cum inter sese variis sectarum libidinibus, et sententiarum aemulationibus discordent, solius tamen patientiae in comune memores huic unit studiorum suorum commiserint, pacem.*

4. Lo sacó de Minucio en Octavio: *Nos non habitu sapientiam sed mente praefereamus. Non toquimur magna, sed vivimus.* Helenismo claro imitando lo de Tertuliano de patient.: *Qui caeca vivunt*, como advirtieron Pamelio, y Cerda.

5. Sentencia citada por San Agustín, libro 4. *contra duas epist. Pelag.* cap. 9.

6. Todo es de Tertuliano *de Patient.* cap. 2, donde ponderando la suma paciencia de Dios para con los pecadores, llega a decir, como que es en perjuicio suyo: *Ut sua sibi patientia detrabat.* Para confundir la ingratitud de los hombres, no se pudo decir más.

7. *Nasci se Deus in utero patitur matris:* Tertuliano de Patient.

8. *A servo suo tinguntur:* Tertuliano allí mismo.

9. *Tentatoris congressus solis verbis repellit:* allí mismo.

10. Lugar referido por San Agustín, lib. 4. *contr. duas epist. Pelag.* cap. 8 en prueba del pecado original.

11. Aquellos resguardos que algunos cristianos pusilánimes recibían del magistrado, haciendo creer que habían sacrificado a los ídolos, aunque no lo hubiesen hecho, sólo por librarse de los tormentos. De ello se habló bastante en las notas a la carta XIV.

12. Es decir: *testimonios* que eso significa la voz martirios, así como *testigo* la de mártir.

INDICE

Prólogo	3
Carta V	13
Carta VI	14
Carta X	17
Carta XI	21
Carta XII	26
Carta XV	27
Carta XVI	30
Carta XX	32
Carta XXV	34
Carta XXVII	35
Carta XXIX	38
Carta XXX	39
Carta XXXVII	41
Carta XXXIX	44
Carta XLI	47
Carta XLIV	48
Carta XLVIII	50
Carta LV	52
Carta LVI	68
Carta LVII	69
Carta LX	74
Carta LXIII	77
Carta LXIV	84
Carta LXV	86
Carta LXVII	90
Carta LXVIII	96
Carta LXXVI	99
Carta LXXX	104
Carta LXXXI	105
Sobre las ventajas de la Paciencia	121
Exhortación al martirio	137